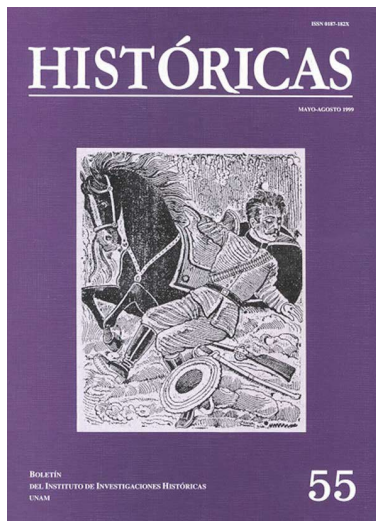




Artículo: Biografía e historia: un amor extraño

Autor(es): Palazón Mayoral, María Rosa

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 55

Año: 1999

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Palazón Mayoral, María Rosa.

"Biografía e historia: un amor extraño" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 55 (1999): p. 32-37. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3934>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Biografía e historia. Un amor extraño

María Rosa Palazón

Instituto de Investigaciones Filológicas

Desde la filosofía de la historia, y con la esperanza de iniciar un diálogo con sus estudiosos, que tienen la palabra más autorizada sobre este asunto, en estas páginas he optado por plantear una serie de cuestionamientos sobre las extrañas relaciones amorosas de la biografía y la historia. Atenderé asimismo algunos de los presupuestos de fondo al respecto, sean éstos aplicables o no a ciertas obras particulares con las que no conté ni, dadas mis limitaciones informativas, pude tener en mis manos.

Para evitar desviaciones en este potencial diálogo, aclaro que no coincido con el punto de vista de Hegel y Althusser, que niega a los sujetos el papel de verdaderos agentes históricos, venerando, en contrario, a las cambiantes normas de una organización colectiva como lo autocrático, o *autopoietico*. Tal planteamiento introduce de soslayo una "astuta" Razón (así, con mayúscula) como la generadora de los procesos históricos, siendo los individuos (o al menos la mayoría de éstos) simplemente su brazo ejecutante o, si se prefiere, sus títeres.

Me pregunto de entrada si la biografía propiamente dicha es un género histórico o literario. Éste es un asunto arduo y no de fácil solución. Aun cuando en la *Poética* de Aristóteles se distingue la historia de la literatura, ejemplificando las tareas de la primera con los lineamientos que debe cumplir si su objeto de estudio es la vida de Alcibíades, yo no conozco muchas biografías hechas por historiadores. En cambio sí abundan las crónicas al respecto que, de acuerdo con sus autores, quedan en una tierra de nadie, donde ocasionalmente incursionan notables historiadores y literatos, o quienes son ambas cosas. Muchos hombres sabios, sea el caso de Francisco Sosa, han ocupado este *no man's land*. A los hombres de letras les apasiona la historia, aunque no siempre manejan el mismo principio de realidad que los historiadores. A la mente me vienen, por ejemplo, los textos biográficos que combinan la realidad y la ficción de Stefan Zweig, entre otros, en el entendido de que tampoco esta modalidad literaria cuenta, en comparación con otras, con demasiados ejemplares, como ya detectó Virginia Woolf en "La nueva biografía".¹

¹ En *Crítica. Revista Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla*, nueva época (agosto-septiembre de 1994), 58:66.

A medida que nos remontamos en el tiempo, los vasos comunicantes entre literatura e historia son más abundantes, según descubre muy claramente don Quijote de la Mancha, para quien ambas van reescribiéndose no al margen de innumerables fantasías, y en prueba dice que corren libros impresos, con licencias de la censura y celebrados por gente de cualquier estado y condición, que hablan de Héctor y Aquiles, de Bernardo del Carpio y del Cid, así como de los fabulosos hechos que ocurrieron en ciertos reinados españoles y otros que dan fe de las extrañísimas batallas por el Santo Grial y de las sobrenaturales vivencias de los caballeros de Santiago y Calatrava. Acaso, me pregunto yo, *¿De rebus gesti Alexandri Magni* de Q. Curcio Rufo no inspiró el igualmente imaginario medieval *Poema de Alexandre*?

En la camisa de once varas del género biográfico, la fantasía es proclive a desbordar el principio de realidad, u objetividad, comprometido con una correspondencia entre los hechos acontecidos y la descripción histórica. Tengo en mente el texto que acabo de mencionar, *De rebus gesti Alexandri Magni*, donde se pasa del dato comprobable a la leyenda, lo que explica por qué sirvió de inspiración al medieval *Poema de Alexandre*.

Hoy en día, sin embargo, estamos bastante más seguros de que cuando en una biografía abundan los guiños de la ficción se trata de un producto artístico; cuando una al tenor se ofrece como historia ¿nos ha tendido una trampa?

No es raro que voluntariamente el novelista haya pretendido aportar datos fidedignos acerca de un acontecer, es decir, dejar fuentes testimoniales verdaderas y no sólo verosímiles. Muy leídos de este sentido se hallan los cuentos maravillosos que antropomorfizan los hechos o valores —ejemplifico con el famoso relato de los hermanos Grimm, cuyo mensaje principal es la necesidad de unir o casar el agua, simbolizada por una rana, con el sol, simbolizado por una princesa que jugaba con una bola dorada. En cambio, numerosas memorias, biografías y autobiografías pretenden hablar de la realidad desde una estricta referencia o “relación isomórfica” entre lo dicho y lo acontecido, aunque claro está que, a pesar de estas intenciones expresas, a veces entretejen los datos, que supuestamente “retratan” de manera fidedigna la realidad, con las interpretaciones muy subjetivas o personales de su autor, por ejemplo las de M. Emilio Escuro, Rutilio Rufo, Q. Lutacio Catulo y, por supuesto, el nada modesto dictador Cornelio Sila. Tales pretensiones de “fidelidad” del discurso respecto de lo que aconteció son el principio básico de la historia desde que se separó de sus dos madres, la mitología y la leyenda.

Debido a esta orientación de “veracidad”, las obras literario-biográficas se entregan al historiador como fuentes testimoniales confiables, no como historia propiamente. Ahora bien, ¿un historiador puede asumir el modesto papel del biógrafo que deja a la posteridad meros documentos sobre las vidas de unos sujetos que ocuparon el mando o el poder, llamémosle “ejecutivo”, de un país o de un

espacio geográfico menòs extenso —presidentes nacionales, gobernadores de un Estado o de un municipio, dictadores, monarcas, señores feudales...? ¿Actúa entonces el estudioso como un testigo de la historia, o como un historiador propiamente dicho, o como alguien que aún cree que los gobernantes de un lugar necesariamente son los verdaderos agentes o "protagonistas" del desarrollo histórico? No siempre, pero sí frecuentemente, la puesta en escena del género biográfico ha identificado los nombres distintivos de quienes mandan como los motores de la evolución social; pero este modo de proceder olvida que la acción de las poblaciones que estuvieron en un cronotopo se inscribe en una "red de araña", o realidad sistémica u *holística*, donde por definición existe tal relación de elementos que lo que provenga de la parte altera (más o menos) el todo. Excluir, como acostumbra cierta enseñanza escolarizada, estas imbricaciones para centrar el texto exclusivamente en la vida de alguien "poderoso" no sólo cae del lado de la mítica historia de héroes y villanos, sino que además avala el "monologismo", esto es, la política autoritaria y vertical con que se afianza ideológicamente el poder de dominio, el cual encuentra también en los medios masivos de información un instrumento para sus fines. ¿Puede haber una historia contestaria que presente a las cumbres del poder como factores dominantes negativos de una organización social?

Michel Foucault le ha seguido las huellas al poder de dominio, dando impresionantes saltos en el tiempo y en la geografía. Desde las primeras páginas de sus obras expresa sus abstractas, que no por ello desacertadas, observaciones de la tramposa imposición, a lo largo de la historia, de unos cuantos con capacidad de decidir e imponerse: maestros, psiquiatras, gobernantes... Su campo es la filosofía política; pero, si recurre a la historia, sus objetivos no coinciden con los del historiador. Otras serían las expectativas que habría de despertar un libro que realizara un planteamiento histórico-político, sea la legitimidad del Estado, analizándolo desde unas precisas coordenadas espacio-temporales; otras, porque estaría prometiendo no subrayar una y la misma propuesta —la imposición desde el poder—, sino detenerse en la unicidad de un complejo proceso, donde los que mandan y sus peripecias vitales son tan sólo una pieza del rompecabezas. Si no cumpliera la palabra empeñada, ese libro ¿se separaría tanto de la novela histórica cuanto de la historia propiamente dicha? ¿Acaso su defensa de una y la misma hipótesis, a saber, que, por ejemplo, los monarcas determinaron unilateralmente el desarrollo de un ámbito durante siglos, cae más en el lado de un tipo de filosofía política, o de la epopeya, que en la historia?

Ilustro este asunto de las precisiones a que obliga la unicidad. Desde el imperio mexica, el virreinato, las dictaduras y las repúblicas, en México ha habido un Ejecutivo fuerte, con un poder de dominio aplastante. Ésta es una plausible opinión general y abstracta; el historiador debe ir matizándola, según los hechos acontecidos en el cronotopo que elija como materia de estudio. Como actual-

mente soy una vieja de antigüedad, según calificativo de un romance medieval, calzándome con las botas del historiador me atrevo a decir que no se comportaron igual todos los emperadores mexicanos, ni los virreyes, ni los reyes, ni los presidentes, ni los dictadores, ni los funcionarios de México. Si no me equivoco, los hubo francamente débiles; otros padecieron los embates de las capas altas, de la nobleza, del alto clero o de la burguesía financiera; y en etapas recientes otros presumiblemente se han ligado a los macabros caminos de la narcoeconomía mundial que nos aqueja.

Los cortes que fija el historiador deben tener una unidad que permita diferenciar el periodo en cuestión, para que proceda a explicarlo en él mismo y desde un antes y las expectativas de un futuro, y en su tránsito o devenir en la serie histórica, es decir, en y según la cadena de sus antecedentes y de sus efectos o consecuencias. Tales cortes han de justificarse en esta clase de unidad, que no necesariamente coincide con el periodo de vida activa de un individuo, a saber, el biografiado.

El que selecciona jerarquiza de acuerdo con un criterio sustentado en las evidencias factuales: dada la complejidad del desarrollo histórico, y aun aceptando que en el México prehispánico y en el independizado ha existido un fuerte o gran poder de las "cimas" gobernantes en turno, ¿sus biografías ofrecen las condiciones necesarias y suficientes para explicar tal desarrollo? Este tipo de criterio, el biográfico, ¿podría caer, aun sin pretenderlo, más del lado de los presupuestos del poder de dominio que en la historia?

En la visión sistémica u *holista* del historiador, que ha dado un paso más allá de la crónica, su punto de partida y llegada es una organización social que, por definición, se desarrolla en un cronotopo. En este mismo panorama se inscriben algunas novelas históricas, aunque las descripciones de la *Guerra y la paz* de Tolstoi, por ejemplo, refieren un "mundo posible" y una manera de orientarse en él, sin que sus "verosímiles" descripciones inviten a que se interpreten siguiendo la correspondencia a que está comprometido el historiador. Admitamos, sin conceder, que la biografía es una herramienta adecuada cuando unos "protagonistas" han ejercido individualmente la mayor influencia social; pero, ¿qué criterios selectivos biográficos ha de asumir el historiador que centra su investigación en las vidas, y cómo ha de conectarlas con el sistema social? ¿El historiador debe o no seleccionar el ramillete de anécdotas vitales, enlazándolas verazmente con el curso que tuvo la organización social que estudie? Otro punto neurálgico del problema es: ¿qué aportan las biografías de cada uno de los gobernantes que sirva para clarificar los hechos acontecidos, o sea la historia de un cronotopo social?

Hagamos un alto en este asunto del protagonismo. Dentro de esta tierra de nadie de la biografía, muchos textos fueron destinados a ensalzar las "glorias nacionales", sean el caso los de M. Terencio Varrón y de Cornelio Neponte, que repasan las hazañas o "hechos gloriosos" de hombres célebres, deteniéndose en las virtudes de los individuos de "excepción", y cabe recordar también aquel tratado de las vidas de los césares —desde Julio César hasta Adriano— escrito por Suetonio Tranquilo, que recrea las costumbres de un espacio-tiempo mediante datos obtenidos en archivos. Dándose entre ellas una diferencia de grado, que no de esencia, tales incursiones en la biografía de los "héroes" son, en definitiva, formas de adulación. Piénsese en cómo la *Historia augusta*, obra colectiva, ensalza a Dioclesiano y Constantino, y en cómo no economiza alabanzas y abunda en hazañas de hecho irrealizables la *Historia de los césares* de Aurelio Víctor. Este somero enlistado de autores, al que podríamos añadir los nombres de Celius Antipater, Valerius Antias y L. Cornelius Sisena, nos remite a crónicas del poder personalizado en alguien, en el actor del drama, en las que la "masa" de sus gobernados es tratada como mera comparsa. Tales repasos cronológicos, aderezados con la salsa de la leyenda y de la deificación, consagran a un individuo por el simple hecho de ser un César, un emperador o un presidente, y secundariamente a sus aliados y a sus colaboradores, como los verdaderos y únicos agentes de la historia. Y si en estos ejemplos me he remontado en el tiempo es porque, a medida que las distancias respecto de nosotros se alargan, crecen exponencialmente las alabanzas de corte y el menosprecio de aldea, que tomaron la letra escrita como medio de "inmortalizar" a los "héroes" de la historia. Siendo la escritura misma privilegio de las clases altas, muchas biografías no dudan de la obligación que tenemos de creer los mensajes de sus textos, que fetichizan a unos personajes como los grandes "fundadores de la patria". Tales biografías, generalmente crónicas, operan, pues, como un pragmático acto de pleitesía al poder en turno y a su linaje (sus padres o antecesores), función que tiene un resquicio de parecido con el templo o casa mortuoria, o con los bustos y estatuas, y más tarde con los retratos de quienes son señalados, sin hilar fino, como los únicos o, al menos, los "verdaderos" impulsores del cambio social.

La literatura legendaria atribuye un omnímodo poder a los héroes y a los villanos. Pienso en la *Iliada*, la *Eneida* o en *Los héroes* de Carlyle. La historia teocrática y la leyenda, ambas muchas veces con funciones fundacionales, parecen hermanarse en la jerarquización de las personas en superiores e inferiores, en masas y genios del cambio. Hoy en día estamos capacitados, sin embargo, para clasificar una obra en la historia, o bien en la leyenda que describe a semidioses, buenos o malos, y deja sin caracterizar a sus innominados subalternos porque no hicieron uso de su libertad. Empero ¿avalaremos que quienes ocupan la cima escalafonaria del gobierno necesariamente son quienes hacen la historia? De poco sirven los apuntamientos que con unas cuantas pinceladas tratan de humanizar a los supuestamente únicos y grandes actores protagonistas de la historia, si son caracterizados como un dios alrededor del cual giran silenciosa y sumisa-

mente los “colectivos” sociales. Bajo esta reducción que uniformiza a poblaciones enteras, ¿cómo explicaríamos la caída de los reinados absolutistas después de la sublevación de las “masas uniformes”?

Para no extenderme más, termino resumiendo por medio de una serie de preguntas: ¿es propiamente histórico un relato no sistémico?; ¿lo es si repite el mismo criterio explicativo, a saber, la biografía del que manda para cualquier periodo histórico de un país?; ¿es tal si da una orientación única, o casi, a una serie de acontecimientos, esto es, si no analiza cómo se encadenaron del pasado a un presente y de éste a unos efectos o consecuencias, punto de vista de la historia efectual, o excedente de sentido que van aportando los sucesivos historiadores desde sus horizontes? ¿Los espacio-tiempos seleccionados por el historiador han de ser procesos con cierta unidad diferencial? ¿Si un libro perfila figuras omnipotentes a quienes atribuir los males que padece o bienes que disfruta un país, cae en la leyenda o en la historia?, ¿si pondera al gobernante “más alto” como el único factor de transformación o, quizá, el único capaz de mantener la recurrencia histórica, obedece o no a la ideología del poder de dominio? ¿Si idealiza periodos como de ruptura, basándose sólo en los datos biográficos de un gobernante o de varios gobernantes, es aceptable como historia? Por lo mismo, ¿cómo juzgarlo si declarándose historia pasa por alto la crítica documental o filológica, que demanda criterios válidos para el periodo en cuestión y no para otros distintos? Pensando en las biografías de mandatarios de un pasado reciente, añado otra pregunta, ¿la falta de distancia histórica vuelve conflictiva o no la elaboración de la historia? En fin, aquí y ahora sólo he querido esbozar en voz alta unas cuantas reflexiones que inviten a un intercambio de ideas, al diálogo, indispensable medio del conocimiento y arma de acceso a un orden social más justo. □

